1
233441

L'A·NOVEL'A·DE·



BIBLIOTECA MADRID

Miguelillo el de la Cava

POR ANTONIO CASERO

1

233441

ACTA

FIRMADA Y RUBRICADA POR LOS SEÑORES QUE ABAJO SE EXPRESAN, Y REFERENTE AL CONCURSO DE NOVELAS CORTAS, ORGANIZADO POR LA «NOVELA DE HOY».

En Madrid, a veinte de julio de mil novecientos veinticuatro, reunidos D. Alberto Insúa, D. Wenceslao Fernández Flórez y D. Rafael López de Haro, como Jurados en el Concurso abierto por LA NOVELA DE HOY *para elegir diez novelas cortas entre todas las presentadas al referido concurso y que reunieran las condiciones determinadas en las bases del mismo, cuyas bases se dieron al conocimiento del público en los primeros números de* LA NOVELA DE HOY.

Y una vez examinados todos y cada uno de los cuatrocientos cincuenta y un originales admitidos a concurso, los señores arriba indicados acuerdan por unanimidad:

Que los diez originales, que a su juicio reúnen más méritos y por ello deben ser elegidos para su publicación en LA NOVELA DE HOY, *conforme a lo establecido en las condiciones del concurso, son los siguientes:*

BIBLIOTECA

47/150 4262

El Alquimista. Lema: «Cerebro y Corazón».—*Las defensas del cerebro*. Lema: «Deliciosa». — *La vejez de Julio Rey*. Lema: Fuego y cenizas».—*Porque Dios quiere*. Lema: «Monstruo».—*La conquista de una virgen*. Lema: «Dulce Memoria».—*Serrana*. Lema: «Peñas arriba».—*El pago de Ardues*. Lema: «Marta».—*Desde aquel día*. Lema: «Pasión».—*El hombre que vivió dos vidas*. Lema: «El divino marqués».—*Al renacer del amor*. Lema: «Virtud».

Abiertas las plicas correspondientes a los originales antes dichos, aparecen como autores de estos originales los señores siguientes:

Alfonso Lesag, de Cádiz; Enrique Jardiel Poncela, de Madrid; Emilio Palomo, de Madrid; Francisco Martínez Corbalán, de Yecla; Mario Hermida, de Madrid; Alejandro Tomás, de Hellín; Antonio Gutiérrez Palma, de Buenos Aires; Carmen Roca, de Barcelona; Clara Isabel de Sade, de Madrid, y José María Castro Luengo, de La Habana.

Y para que el presente acuerdo pueda justificarse en cualquier momento y lugar, se extiende la presente acta, que firman de conformidad en Madrid, fecha ut supra. W. Fernández Flórez.—Alberto Insúa.—Rafael López de Haro.—Rubricado.

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año I. Madrid, 30 de agosto de 1924 Núm. 11

MIGUELILLO, EL DE LA CAVA

POR

ANTONIO CASERO

Ilustraciones de CASERO (hijo).

UNA PESETA

M A D R I D

SUCESORES DE RIVADENEYRA. S. A.

Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.

1 9 2 4

R. 3221856

I

Es una historia más de amor ésta que he de contaros en forma de sainete, quizá más bien para llorar que para reír. Los personajes son: la consabida moza pinturera, de buen palmito, de ojos parlanchines que piden quereres; graciosa, de reír cascabelero y fresca como la albahaca verbenera que adorna, junto al botijo, la jaula del canario y la del grillo, la ventana de guardilla madrileña como nido de alondra junto al cielo. Un atardecer de un día abrileño, en la iglesia de la Paloma, la pusieron de nombre Soledad; siendo su madrina una *señá Fulana* del barrio de la gente del bronce, y un jefe de nave del Ma-

tadero, que celebró el bautizo de la chavala con rumbo y veinticinco pesetas en *perros* para tirarlos a la granujería del barrio que gritaba detrás del cortejo:

"¡Padrino, un calé! ¡Padrino, un calé! ¡Bateo sonao, que a mí no m'ha dao!...

A decir verdad, no había en la barriada mocita de más buen ver. Una paloma blanca parecía cuando marchaba camino del obrador, con su mantoncillo de flecos, tan limpia y repeinada, con los tufitos rizosos sobre su cara capullo de rosa. Buena como un ángel, trabajadora como ninguna, y en tocante a honradez, llevaba la bandería de las mozas del barrio.

Una mañana, a poco de clarear, y en la esquina de su calle, tropezó con un albañilillo pinturero que, dejando la acera libre para que pasara aquel portento de hermosura, díjola quitándose la gorra, como si pasara una Imagen:

—¡Vaya con Dios el lucero de la mañana!... ¡Qué bien amanece el día!...

A ella le supo a golosina aquella flor del arroyo, dicha con alma y gracejo; miró al galanteador, pagóle el requiebro con una sonrisa, y agregó donosamente:

—Muchas gracias, obrero.

—Esas son las que usté tiene, obrera—la contestó el muchacho.

Después, lo que pasa; ella le dejó un huequecito para que él subiese a la acera, y él que la dijo:

—¡Madre mía, y cómo me gustan las mujeres de sus hechuras!... ¿Va usté al obrador, hermosa?

—Usté lo acertó.

—¿Es usté modista?

—Modista soy.

—¡Quién fuera aguja pa estar siempre entre sus manos!...

—Y usté, a juzgar por las trazas, es albañil.

—Cabal: cuando haya que hacer una chapuza, aquí estoy yo, que me pinto solo pa tapar rendijitas, nena. Miste, joven, las cosas claras, me llaman Miguelillo, no tengo padres; soy ayudante de tarea, y voy pa oficial; mi casa está mu sola y mu triste; el gato, el jilguero y yo nos aburrimos; ¿quié usté casarse conmigo y hacer de aquel pisito cuarto con vistas al Guadarrama un trono donde usté sea la reina y yo el rey consorte, y con suerte?

—Eso es pedirla a una amores por telefonema.

—Pero que urgente y con contestación pagada.

—Pare usté el motor, que le van a multar por exceso de velocidad. Ya hablaremos de eso en la segunda *interviuse,* que ahora me ha dejao usté como pa tomar tila.

—Usté perdone la murga, joven obrera.

—No me sonó mal la polka, joven obrero.

—Ahora a hacer equilibrios en el andamio.

—Y yo al obrador a coser, y a pedir a la Virgen de la Paloma que no pierda usté el equlibrio.

—Dios se lo pague, hermosa.

Después de aquella charla que tanto agradó a la modistilla, y que a Miguelillo despertóle un ardoroso amor, se veían de continuo, y ella, con aire señoril, por su porte y su ropilla, no se desdeñaba de ir al lado del albañil, de gorrilla y blusa blanca, marchoso y palabrero. Las compañeras de obrador criticaban la conducta de Soledad, sus amores plebeyos con aquel muchacho, que sería muy bueno, sí, pero que desentonaba junto a ella, modistilla de buen palmito, que con retales que sobraban de los vestidos de encargo sabía hacerse ropita elegante que llevaba con aire distinguido.



Después de aquella charla...

Ella, que no apetecía la charla embustera del elemento estudiantil como las muchachas de su obrador, y no quería perder el tiempo para luego ver alejarse la estudiantina burlona que se va riendo de un amor que a la inocente le cuesta lágrimas, pensó en Miguelillo, obrero como ella, fino y gracioso galanteador, que puso en sus decires amorosos la nobleza y la verdad de su alma plebeya. Muchos disgustos la costó a Soledad aquellos amores, pues señor Julián, su padre, no era muy consentidor del capricho de su hija. Aspiraba él, para tan valiosa perla, engarce de más mérito. Eso de tener una hija tan hermosa y entregársela a un albañilillo, no entraba en sus cálculos. Señá Márgara, su mujer, aceptaba con gusto para marido de su hija a un hombre trabajador y honrado como lo era Miguelillo, y sostenía con señor Julián, su esposo, discusiones que casi siempre terminaban con tila y árnica.

Señor Julián es hombre egoísta, de ideas muy avanzadas en sus predicaciones de taberna y mitin, y un redomado burgués en sus ensueños: sueña él con un yerno rico, que lo saque para siempre de la eterna carestía y de la vulgaridad del trabajo. Lleva cuarenta años de pintor de brocha gorda, y a pesar de la ayuda de Márgara, que lavando se gana lo suyo, no ha podido salir de la triste medianía en que vive, ni jugarle un pollo con arroz a su maestro, que presume de musista.

Un yerno rico le había hecho falta a él, y no el ramploncillo mozalbete que se había adueñado del amor de su hija.

Alentadora de aquellos amores fué también Ramonilla, una muchacha de la vecindad, huérfana, que vive de una pequeña rentita que la dejaron sus padres, traficantes en trapos viejos, y que quiere a Soledad como a una hermana. Ramonilla es fea, para

qué negarlo, ella misma lo reconoce; no pronuncia las erres, y cuando habla parece que come pastillas de goma. Buena, es muy buena, y al hablarla su amiga de Miguelillo, la contestó llorando:

—¡M'aleglo mucho, chica; un homble así me hubiela hecho a mí feliz!

Ya conocéis a los principales personajes de esta farsa sainetesca tomada de la vida real, donde la semilla del amor suele dar el fruto de la amargura y del desengaño.

La modistilla alegre y bullidora se casa con el albañilillo marchoso y parlero, que en lucha de clases venció al señorito tronera y al pollo "bien", que emplearon para conquistar el querer de una moza la idiotez de su charla poco amena, y el gusto del sastre que los engalanó grotescamente.

Por esta vez no fué la linda moza la eterna equivocada en la elección de marido. La llegó al corazón con su palabrería un obre-

rillo como ella, que la ofreció días felices y bienestar con su trabajo honrado; y entre el galanteo de los unos y de los otros, floreció en su huerto de amor, por entre la maleza de la mentira, la flor de la verdad.

Pero dejemos que caminen por el sendero de la vida, lleno de flores y zarzales, y vayamos a oírlos, si nos interesa esta historia de amor...

¿Qué dónde estamos? En una casa humilde de los barrios populares madrileños. Ahí, en ese cuarto, vive el tío *Roñas,* trapero en las primeras horas de la mañana, y vendedor de perros en las de la tarde. Más allá, *Churruca,* así le llaman humorísticamente los vecinos porque en su "nave", que él titula *Esperanza,* y vestido de marinero, sale todos los días a "navegar" por la corte gritando: "¡Alcahués torraes, calentitos!..." En aquel cuartucho de la derecha vive un amargado viejo, narrador de romances y leyen-

das, que él compone y vende a los trovadores callejeros que las cantan al son de la vihuela gritando:

—¿Quién pide otro? Romances picarescos y leyendas d'amor.

Allí unos obreros; allá unos vendedores de Lavapiés. Gitanas agoreras de la buena dicha, chalanes de ganado. En aquella bohardilla, y junto al cielo, para ponerse a bien con Dios, una vieja zahorí que la *Corneja* la llaman; tahures y vagos; no teman, toda es buena gente, aunque no lo parezca. En aquel iluminado ventanal del corredor vive Soledad, con sus padres... ¿Qué de dónde son esas campanas que se escuchan? De las monjas de la Ribera, que tocan al *Angelus.*

Está anocheciendo, seguidme, yo conozco el camino para llegar al corredor... ¡Cuidado con la escalera, que está muy pina!... ¿No escucháis una copla por bulerías?... ¡Será que alguna gitana canturrea

por no llorar!... ¿A quién la toca el farol?... No os asustéis; es la vecina que sale de turno, y avisa a la que la releva para que se encargue durante los días convenidos del alumbrado del corredor de la casa. Aunque estamos en el siglo de las luces, aun resplandece el petróleo por algunos rincones madrileños...

Ya hemos llegado; mirad por la ventana y a través de los visillos... La casa, como ven, es la de un obrero: una ventana al fondo, con vistas a la sierra; una cómoda, y en ella, en una urnita, la Virgen de la Paloma; un San Isidro de barro, sin la pareja de bueyes, porque toreándolos acabó con ellos el chico de una vecina.

Una mesa, un quinqué, sillas desvencijadas y un cofre de pelo, sin pelo...

Callad..., parece que riñen... Sí; el señor Julián amenaza con la escoba a Soledad, y la madre evita el golpe... Hagámonos cuen-



... el señor Julián amenaza con la escoba a Soledad...

ta que se alza el telón y da principio el eterno sainete de la vida, más bien para llorar que para reír.

SEÑOR JULIÁN *trata de pegar a su hija con el palo de la escoba;* SOLEDAD *se refugia junto a su madre, que, evitando el golpe, increpa a su marido.*

MÁRGARA

¿Pero qué vas a hacer, verdugo? ¿Qué te ha hecho la chica?... ¿No está to arreglao? ¿No es hoy el día y hasta cuasi la hora que venga su novio con el señor Ramón, el de la Ribera, a pedir su blanca mano, y no será la boda dentro de un mes? ¿A qué viene ahora esto?

SEÑOR JULIÁN

Es que cuando pienso que se casa con ese

chupani, se me revuelve el sistema nervioso. Ahí tenéis a la chica del *Gorrión,* casá con un hombre de postín, y a Pepita la del carbonero, que se ha casao con un chico que tié Fors. ¿Es que nos hemos molestao tú y yo pa tener una hija de esta categoría, pa que luego se la lleve un joven de "a todo sesenta y cinco"? ¡Que no, hombre, que no!

MÁRGARA

Pero ¿es que tú quiés pa yerno al príncipe "de los Abruzos", cuanti más? Despiértate, soñador, y acepta lo que Dios te da como bueno.

SOLEDAD

Cuando usté se casó con madre, dicen que decía la abuela que era usté un novio procedente de un saldo, y que no llevó usté de

dote más que una bandurria parcheá y la jaula de un grillo.

SEÑOR JULIÁN

Es que yo, era yo; y ése, es ése; y contra un padre no hay razones; además, que tampoco tu madre era por lo bonita un objeto de la tumba de *Tutankamen*.

MÁRGARA

Pos no presumas, que tú te habías escapao de un *Pim, pam, pum*. ¡Hay que ver el hombre cómo sería de ridículo, que al verle el día de la boda el sacristán, le dió un vahido!

SEÑOR JULIÁN

¡Márgara!

SOLEDAD

Ustedes como yo, se casaron por amor.

SEÑOR JULIÁN

Y porque me obligó tu abuelo, que era un federal de Pi, que paraba el reloj de pesas de un estornudo.

MÁRGARA

Bueno, mira, el novio de la muchacha y el señor Ramón están al llegar, no me proyeztes una película, porque te rompo la cabina. Aquí se los recibe con la buena crianza que tenemos, pa que vea que no semos papás d'opereta.

SOLEDAD

Sí, padre, hágase usté cargo; la felicidad

no está en el dinero, está en el trabajo, en el afanar por la vida, en que mañana los hijos sean la alegría del hogar.

SEÑOR JULIÁN

Al respetive de eso, el primer crío que venga se tié que llamar como yo, y su educación es cosa mía, y tié que tener mis ideas federales, y tengo que enseñarle a jugar al mús y a la rana pa que diga la gente: "¡Cómo se ve en la educación del chaval la mano del abuelo!"

MÁRGARA

Eso es ponerse en razón.

SOLEDAD

¡Qué bueno es usté, padre!

SEÑOR JULIÁN

Siempre t'has salío con la tuya. Ahora, que si ese albañilito no te estima en lo que vales, y se cree que eres una chapuza más, le pico pa que le vendan en Carnaval a diez el bote.

MÁRGARA

Silencio, que paece que llaman.

SOLEDAD

(Sin poder disimular su alegría.)

¡Ellos deben ser!

SEÑOR JULIÁN

(A MÁRGARA.)

¿Has traído algo pa obsequiarlos?

MÁRGARA

Pastas y vino de Yepes. *(Dirígese a la puerta, recibiendo ceremoniosamente a* MIGUELILLO *y a* RAMÓN *el de la Ribera, que representa tener unos cincuenta años corriditos. Ambos vienen muy peripuestos, con lo mejor del cofre.* MIGUELILLO, *con cara de enamorado y reflejando en sus ojos alegría y emoción. El de la Ribera, con aire solemne, procura poner de su parte toda la seriedad que el acto requiere.)*

MÁRGARA

Adelante, señores míos, adelante; asiéntense ustedes, están en su casa, con permiso de mi marido.

SEÑOR JULIÁN

¡Ahí le duele! Por algo t'has educao con

las monjas pascasias. Siéntense, y no se fíen mucho, aunque se lo juremos por este puñao de cruces, de las sillas, que están algo reumáticas. (SOLEDAD *charla muy animosa con* MIGUELILLO, *que contempla extasiado a la mocita que muy pronto será suya, mientras que* SEÑOR JULIÁN *lía un pitillo con* SEÑOR RAMÓN, *y* MÁRGARA *prepara el vino y los pasteles.)*

MIGUELILLO

(A SOLEDAD.)

Tú has llorao, mi vida; tu padre quizá te cantó la copla de siempre... ¡Muy poco te queda de sufrir con él!... Con esa carita de dolorosa, me pareces una virgen de Murillo...

SOLEDAD

Calla, tonto, y afloja la mosca, que esta

semana no me has dao a guardar todavía ninguna *lucera*.

MIGUELILLO

¡Sí que me va a costar trabajillo sisarte, chiquilla! Toma, toma, ahí tienes veinticinco pesetas de esta semana. ¿Tenemos mucho ahorrao?

SOLEDAD

Bastante; pa mi máquina de coser y los enseres de cocina, ya tenemos.

MIGUELILLO

Ahora nos falta ahorrar pa la cama... ¡Ay, qué graciosa! ¡No te pongas colorá ni bajes los ojos, so prima!...

SOLEDAD

Calla, no seas malito...

MÁRGARA

Vamos, tórtolos, qu'estamos esperando.

(SOLEDAD *y* MIGUELILLO *se sientan haciendo corro junto a la mesa camilla donde beben y comen los padres y el amigable componedor de la boda de Miguelillo.)*

SEÑOR RAMÓN

(Se levanta pausadamente, colócase derecha la corbata y, estirándose los puños, tose, se encampana y dice con aires de orador:)

Decíamos ayer, que dijo un fraile, que el amor es una leve cursilería que hemos inventao pa pasar el rato, y algunos lo toman



Decíamos ayer, que dijo un fraile ..

tan en serio que se han hecho célebres y han pasao a la Historia como Romeo y Julieta, Adelardo y Eloísa, y la Polonia y el *Niño del clavel,* un chico organillero que murió de pasión de ánimo. Pues bien, señores: hoy nos trae aquí el amor, hoy nos congregamos aquí pa tratar de una de las cosas más serias de la vida. Y estate quieto tú, Miguelillo, que tocas más qu'el negro de un *jazz-band*...

SEÑOR JULIÁN

Un poco de respeto, que cuando habla un hombre, se le escucha.

MIGUELILLO

Pero señor..., ¿qué hacíamos nosotros?

SEÑOR JULIÁN

Juegos de pasamancia que no son del caso, y a otra cosa, mariposas...

SEÑOR RAMÓN

Y como dijo Tenorio, bebamos antes.

SEÑOR JULIÁN

Bebamos...

SEÑOR RAMÓN

Pues, como íbamos diciendo, éste es un acto solemne y decisivo en el viaje de la vida. En el mismo tren, y en el mismo departamento, han de hacer el susodicho viaje juntos un chaval y una chavala. ¿Qué quién es ella? Ya se ve: una mocita ideal para hacerle aquí, al pollo, el camino agradable. ¿Qué quién es él? Un muchacho huérfano de padres, es decir, ¿por qué no decirlo?, que no sabe quiénes fueron sus padres.

MIGUELILLO

¡Señor Ramón!

SEÑOR RAMÓN

Las cosas claras, y ya que vas a entrar en el seno de esta familia honrá, justo es que sepan con el bagaje que vienes.

SOLEDAD

¡No llores, Miguelillo!

SEÑOR RAMÓN

Déjale, es un desahogo del alma.

MIGUELILLO

Pues bien; sí, es verdad; ¡soy inclusero!...

SEÑOR RAMÓN

Que al respetive de eso, se puede ser sordo y buen padre de familia; se puede haber sido inclusero, y saber formar un hogar honrao y no tirar al arroyo a los hijos.

MIGUELILLO

Perdóname, Soledad, perdóname; nunca te lo dije porque me daba vergüenza. Con honradez y trabajando he dignificado mi persona. Con la bondad de mi corazón y de mi hombría de bien, me creí con derecho a solicitar tu querer, y tú fuiste tan generosa que, siendo tanto como eres, aceptaste tan poco como yo soy. Perdónenme ustedes, y dejen que dé rienda suelta a mis lágrimas, que hoy, más que barruntos de penas, parecen de alegrías, y corren y retozan por mi cara como queriendo decir: hoy es para ti

un día de gloria, porque, por fin, has encontrao unos padres que sabrán quererte. Una mujer que formará contigo un hogar honrao, y mañana, quizá, unos hijos a quienes colmarás de besos y caricias que no te dieron a ti...

SOLEDAD

¡Miguelillo de mi vida!

SEÑOR JULIÁN

M'ha hecho de llorar este crío.

MIGUELILLO

(A MÁRGARA *y* JULIÁN.)

¿Me dejan ustés que los llame padres?

MÁRGARA

Y abrázanos, hijo; abrázanos, que jamás

pude yo soñar pa mi Sole con un hombre tan bueno como tú. (MIGUELILLO *abraza a los padres de* SOLEDAD; *ésta llora junto al* SEÑOR RAMÓN, *que hipando, dice:)*

SEÑOR RAMÓN

¡Es mucho chaval este chaval, y que esto era una cosa echegarayesca, ya lo sabía yo!...

(En este momento entra RAMONILLA, *que al ver aquel cuadro de amor y de ternura, grita entusiasmada:)*

—Glacias a Dios que s'acabalon las bloncas. Esto es peliculinesco; se va a ponel esto de láglimas que va a palecel el lago ladoga. Basta de jipíos y tlitezas, y como yo tampoco tengo padles, dejal que os ablace como una helmana.

SOLEDAD

Abrázanos, Ramonilla, abrázanos. Hoy es el día más feliz de mi vida.



Ramonilla.

RAMONILLA

Y el mío, polque es el tuyo; ya que la poble Lamonilla no sea feliz, que lo seas tú.

SOLEDAD

¿También lloras?...

RAMONILLA

¡También llolo! Polque me dais envidia, polque si yo fuela helmosa como tú, y no fuela tan desglaciala, no estalía sola y tendlía también un homble que me quisiela como a ti.

SEÑOR RAMÓN

Señores, hay que beber, que después de tantas lágrimas nos hemos quedao secos.

SEÑOR JULIÁN

Echa vino, Márgara; estaba yo ofuscao, este chico tie corazón...

SOLEDAD

¿Y tú creías, Miguelillo, que al saber tu desgracia ya no te iba a querer? ¡Ahora más que nunca!

MIGUELILLO

¡Dios te lo pague!...

SOLEDAD

Dios y tú que me habéis de hacer dichosa, ¡muy dichosa!...

SEÑOR RAMÓN

Señores, brindemos por el tan cacareado

amor. Cuando las bodas se hacen así da gusto; yo me casé con mi primera por la codicia de hacerme dueño de un "gato" con monedas de oro, que dicen que tenía, y el "gato" resultó gata. Me casé después con mi segunda, que también se rumoreaba que tenía otro minino, y, ¡ni pa cordilla! Hoy, como cumple a un hombre constante en el querer, estoy casao con mi tercera qu'es mi segunda, mi Segunda García de Rodas, también con fama de tener gato...

RAMONILLA

Eso palece una chalada.

SEÑOR RAMÓN

Y el todo, ¡¡miau!!

SEÑOR JULIÁN

Señores, bebamos; ¡vaya por nuestro hijo!

MIGUELILLO

Así quiero que me llamen siempre; ¡es tan bonita esa palabra, que cuando los míos me llamen padre, me va a sonar a música del cielo!...

SEÑOR RAMÓN

Por que tengáis muchos chiquillos.

SOLEDAD

Los que Dios quiera darnos.

MIGUELILLO

Vengan en buen hora, que a todos cobijaremos en el nido con amor y ternura.

RAMONILLA

M'aleglo mucho, chica. Un homble así me hubiela hecho a mí feliz.

(MIGUELILLO *vuelve a abrazar a los padres de* SOLE, *ésta a* RAMONILLA, *y* SEÑOR RAMÓN *sigue bebiendo y brindando por aquel amor sin "gatos" que hará felices a* SOLEDAD y MIGUELILLO. *El cuco del reloj de pesas canta las doce, y el telón cae lentamente.)*

II

Los héroes de nuestra historia de amor vivieron muy felices en los veinte años que llevan de matrimonio (en las novelas pasa el tiempo rápidamente), y al volver una de las páginas del libro que se lee se encuentran los lectores con la sorpresa de que los personajes que acabaron de dejar en plena juventud, en la plana siguiente ya peinan canas. Algo de esto ocurre también en la vida real, donde pasan los años sin que nos demos cuenta, y cuando nos la damos, ya somos viejos, y es que en la vida real, como en la fantástica del novelista, los años pasan muy ligeros.

Miguelillo y Soledad fueron felices, porque se amaron mucho y transigieron entre sí, sin la menor réplica; no tuvieron más disgustos y penas que las naturales que proporciona la vida: ver morir a Señor Julián, que vivía encantado con la conducta de su Miguelillo, que así llamaba a su yerno, y ver también desaparecer del mundo a la bondadosa señá Márgara, aquella madre buena que los ayudaba a hacer hogar y a cuidar de los pequeños, porque de aquel amor nacieron tres retoños, una chica y dos chicos; ya son mocitos. La muchacha, Pepa se llama, está para casarse, y los chicos, Manolo y Paquillo, pronto comenzarán a trabajar. El mayor en la Escuela de Artes y Oficios se instruye para dedicarse a la mecánica, y el otro, pequeño aún, quiere ser albañil como su padre.

En ellos se miran Miguelillo y Soledad que, como flores delicadas, cuidaron su niñez. Miguelillo trabaja día y noche para que



Pepa, hija de Soledad y Miguelillo.

nada les falte a los gorriones de su nido, como él los llama, y cuando los besa y se despide de ellos para ir a la obra, siempre les dice estas palabras, que le salen del alma:

—¡Nunca sabréis apreciar el valor de un padre!

Soledad fué más enérgica para educarlos, y alternaban con las caricias algunos azoticos a tiempo; por esto únicamente se enfada el matrimonio:

—¡Que les vas a hacer daño, Sole!—gritaba el marido, y contestaba la mujer:

—Pues eso es lo que quiero, pa que aprenda, porque de la forma que tú los educas, a buen seguro que se han de burlar de nosotros.

—Eso de los golpes no me parece bien.

—Pues si no te parece bien, les daré otro azotito.

—Pero no será viéndolo yo.

—Pues ponte gafas, que voy a empezar la tarea.

Soledad volvía a azotarlos; su marido protestaba, y los chiquillos, frotándose los puños y haciendo gestos de burla, decían a la madre: "Rabia, rabia, que no nos has hecho daño." Miguelillo reía, y ella replicaba:

—¡Claro!, haces bien en reírte, ahí tienes la educación que les das. Así abusan ellos de mí.

Entonces se acercaba a ella Miguelillo, y abrazándola, y limpiando las lagrimillas con su pañuelo, la decía:

—No te enfades, tonta; me río porque me han hecho gracia, y tú más que ellos, pues creías hacerles daño con tus golpes, y el corazón de madre no te dejó; ¡que buena eres!

Los chicos, en efecto, abusaban de la bondad de los padres; criados en un ambiente de mimo y exceso de amor paternal, eran desobedientes y desvergonzados, no tenían para con sus progenitores ningún rasgo de cariño. Soledad sufría mucho al ver que los

chicos eran tan adustos para con Miguelillo, que se desvivía por ellos, y trabajaba para hacerlos hombres. Todo lo que los chiquillos hacían lo encontraba bien hecho; los cogía, los besuqueaba, y como los muchachos, rebeldes, le dijeran una insolencia y echaran a correr, Miguelillo, suspirando murmuraba:

—¡Parece mentira que de un amor tan puro y verdadero haya nacido esta semilla de diablillos que huyen de mí como del "coco"!...

Mas, hagámonos cuenta que el timbre ha sonado tres veces, y el que pudiéramos llamar segundo acto de la misma va a dar principio.

* * *

Es la hora del atardecer. Soledad, muy afanosa, cose y corcuse la ropilla de sus hijos y de su hombre; para entretener su trabajo canturrea, y añora canciones de su épo-

ca juvenil; de vez en cuando suspira, y exclama: "¡Qué tiempos aquellos!" De la cocina llega un tufillo a algo que se quema, rápidamente deja su labor y se "dirige al lugar del suceso". A poco entra Ramonilla, que al encontrar sola la estancia, y admirándose de ello, se santigua, y dice:

—¡Alabado sea Dios, y qué solito está esto! Encendelemos la luz pol plimela plovidencia.

Aparece Soledad, malhumorada, y maldiciendo de su descuido como cocinera.

SOLEDAD

No se puede estar en to.

RAMONILLA

¿Qué te pasa, mujel?

SOLEDAD

¡Una hecatombe! ¡Las patatas viudas que se han quemao!...

RAMONILLA

Pobles viudas, qué mal alivio han tenío.

SOLEDAD

Si no pue ser, si no pue ser, si es mucho esto pa mí; ¡miá qué aliños de casa!, ¡miá que carga de ropa!, es mucha nave esta pa manejarla bien; mi marío por un lao, los chicos por otro, y la que más revuelve el cotarro es esa maldita de cocer de hija que Dios nos ha dao, que se la ha metío la tontería por los poros de su cuerpo, y está como pa que la pongamos el puchero con corona ducal.

RAMONILLA

Tú también fuiste pintulelilla.

SOLEDAD

Ni me ayuda ni se interesa por na. S'ha acicala, se va al obrador, charla con el novio, y pone con esto punto final a sus quehaceres. ¡Ese horterita de la tienda de tejidos la trae loca!

RAMONILLA

Pelo, ¿pa cuando habéis acoldao la boda?

SOLEDAD

¡Qué preguntas tienes!... ¡Cuanto antes, mejor; tú estás enterá, tú sabes la desgracia... Ese, ¡canalla!, después de muchas súplicas, nos hace el favor de casarse con ella, ¡claro!, a esto dan lugar estas locas. Si hubiera hecho caso de los consejos de su madre,

no hubiera entregao su alma y su cuerpo a un charrán sin pundonor ni conducta; porque mi casa será pobre, pero honrá, y no nos merecemos ni su padre, con lo buenazo qu'es para sus hijos, ni yo, con los ejemplos que la di, una vergüenza tan grande.

RAMONILLA

Tlanquilízate, mujer, tlanquilízate. Tú te casaste a disgusto de tu pobre padle, que en glolia esté, ¡que hablá que vele allí con su genio!, y después fuisteis felices, y quiso a tu malío como a cosa ploplia; al final to se alegla como en las películas.

SOLEDAD

Pero es que yo me casé luciendo un ramo de azahar muy bien ganao, y esa... bribona nos ha arrugao el padrón sin miramientos ni

na, y cuando se tienen unos padres tan cabales como nosotros, se los tiene más respeto y en más estima, y no se los deshonra.

RAMONILLA

¡Válgame Dios, quién te ha visto y quién te ve! Antes tan pulía y finolis, tan pizpileta y glaciosa, tan bonita y bien plantá, afelada a un amol que te ha salío de olo de ley, y hoy apeleada con los hijos, y con el afanal de la casa, peldiendo el tipo y hecha una poble mujel que cuble sus calnes con cuatlo tlapos y que no se ocupa ni de su aseo pelsonal ni de su indumentalia.

SOLEDAD

Eso, que no me ocupo más que de los míos. ¡Aquella época de amor y poesía se ha convertido en una prosa vulgar!

RAMONILLA

Sí, pelo te lo compensa tu malío que es mu güeno.

SOLEDAD

Es un ángel. En sus hijos se mira como un enamorado. Cuando supo lo de la hija, él, qu'es un hombre de temple, se echó a llorar como un niño, y dándola un abrazo, la dijo: "Hijita del alma, que loca fuiste; pero no pases tú pena, que ya se arreglará to, y si ese no cumple como hombre de corazón, qué se le va a hacer. Un hijo más que tendremos; todo, menos la Inclusa; ¡la Inclusa, no!, y Dios la bendiga, que a mí me recogió del arroyo; pero si tu niño no tie padre, tendrá un abuelito que le dé calor y caricias." ¡Y al pobre le ahogaban los suspiros y el llanto!...

RAMONILLA

¿Y quieles mayol felicidad que tenel un homble así?

SOLEDAD

Es cierto, Ramonilla; pero los hijos que no son buenos, son como el fango que viene a enturbiar el agua clara.

RAMONILLA

¡A pesar de tus penas, te tengo envidia! Yo sigo sola, nadie me ha quelío, no tengo más ampalo que vosotlos, mis hermanos; con tus hijos peleo como tú, y suflo también pol ellos; pelo antes la plosa que dan los clíos, sigue la poesía de amol que te ofleció Miguelillo veinte años ha. ¡Un homble como el tuyo me hubiela hecho feliz!

SOLEDAD

Silencio, él llega; ahí le ties, del trabajo viene, y pa él no hay más mundo que su mujer, sus hijos y su casa. Ni las copejas ni el mus con los amigos le distraen tanto como el estar a mi lao, hablando de nuestras alegrías y de nuestras penas, que son las más.

MIGUELILLO

Saluz a la parienta y a la amiguita buena.

RAMONILLA

Bien venido seas, Miguelillo.

MIGUELILLO

(A SOLEDAD.)

¿Qué te pasa a ti, mujer mía, que tiemblan

en tus ojos dos lágrimas que brillan como diamantes finos?

SOLEDAD

¡Nada!

RAMONILLA

Di que sí, chico, di que acaba de pasala una desglacia culinalia. ¡Se le han achichalao las viudas!

SOLEDAD

Esta quiere decir que se m'han quemao las patatas que tenía a la lumbre; pero ya comprenderás que a mí esas viudas no me sacan ni una lágrima ni un mal suspiro.

MIGUELILLO

¡Natural!, y si no se cena patatas, se cena

alpiste del canario; pero tú has llorao, y yo no quiero que tú llores, quiero verte al volver yo a casa del currelo con esa risita tuya, que me enamoró el día que te dirigí el primer requiebro, y con aquella risita que hoy es mía, contestaste: "¡Muchas gracias, obrero!"

SOLEDAD

¡Es que de entonces acá han pasao muchas cosas!

MIGUELILLO

Pues para mí eres la misma de entonces, ¿verdad, Ramonilla, que está hasta más guapa?...

SOLEDAD

Vamos, quita, tonto...

RAMONILLA

Eso sí es veldá, flamenca está mu flamenca y mu lustlosa. Y a mí, ¿cómo me encuentlas?

MIGUELILLO

¿A tí? Hecha una rosa de Jericó.

RAMONILLA

Oye, chusqueitos, no; y no me tomes los lizos, que no eles la peinaola.

MIGUELILLO

¡Ay, Ramonilla buena, déjame que te abrace!

RAMONILLA

Ablaza, hijo, ablaza, y si ésta se enfufuña, que s'enfuluñe.

MIGUELILLO

Dios, cuando fué a colmarte de hermosura, la depositó toda en tu corazón, y los hombres, que son ciegos, no han visto qu'eres una mujer más hermosa que las demás.

RAMONILLA

Glacias, muchas glacias, Miguelillo; m'has hecho de llolal.

SOLEDAD

Ahí tienes cómo te requiebra mi marido.

RAMONILLA

Y ¡qué lequieblo, chica! Tu malío es mu bueno pa tos, y como me queleis tanto, m'encontráis pasalelilla, y ya que no de cala, sí soy helmosa de colazón.

SOLEDAD

En eso eres la reina de la belleza.

MIGUELILLO

Y siguen las firmas.

RAMONILLA

Yo selé una pleciosidad, pelo cuando vuestlos hijos elan pequeños y llolaban y me veíais venil, les glitabais: "¡Que viene el coco!", y el poble coco, la poble Lamonilla, llegaba a ellos y los castigaba con almendlas y besitos.

MIGUELILLO

Bueno, basta ya, Ramonilla; y tú, Sole, caray, que vengo rendío de bregar con la gen-

te y la herramienta to el santo día y llega uno a su casa pa solazarse, y se encuentra con un drama peliculesco. Ea, basta ya. *(A* SOLE, *dándola un golpecito en el hombro.)* T'acompaño en el sentimiento.

SOLEDAD

¿Por qué?

MIGUELILLO

Por la sensible pérdida de las viudas. Y a ti, Ramonilla, te castigo a que cenes con nosotros.

RAMONILLA

¡Ay, hijo, eso va a sel una comida plocedente de una quema!

MIGUELILLO

Ya tendrá algo mi patrona además de las viudas.

SOLEDAD

Una cosa que te gusta la mar.

MIGUELILLO

¿Guisao?

SOLEDAD

Lo acertaste.

RAMONILLA

Entonces yo me voy a la cocina, no ocula otla desglacia y tengamos que vestil al hamble de luto riguroso.

(Vase RAMONILLA, *y quedan en la estancia* MIGUELILLO *y* SOLEDAD.)

MIGUELILLO

Oye, reina, si aciertas lo que hay en este

sobre, te quedas con un billete de a cien plumas pa ropas pa ti.

SOLEDAD

No digas más, que t'han pagao la chapuza del Humilladero.

MIGUELILLO

Ole, y el amo m'ha regalao cincuenta pesetas en vista de lo bien que ha quedao la obra. *(Sacando del sobre unos billetes de banco.)* Ahí ties: cien pa ti, otras cien pa botas pa los chavales, y lo que sobra pa libros y matrículas pa el mayor.

SOLEDAD

¿Y pa ti no hay na? ¡Eso no pue ser, Miguelillo!

MIGUELILLO

Calla, sermonera, que platicas más que un predicador en Semana Santa.

SOLEDAD

Miá que t'hace falta ropa, y miá que lo del chico mayor es una locura, que nosotros no podemos sostener esos primores; a ti t'han llenao la cabeza de humo, dedica al muchacho a obrero, y déjate de pamplinas.

MIGUELILLO

¡Y tener un hijo con carrera! ¡Ya te dará gusto verle hecho un señorón y mirarle orgullosa y decir pa tus adrentros: "¡Vaya hijo!" Además, que así, el día que yo me muera tendrás quien mire por ti.

SOLEDAD

El día que tú te mueras, me muero yo también de tristeza, no te quepa duda.

MIGUELILLO

¿Tanto me quieres?

SOLEDAD

Muchísimo, ya lo sabes; ninguna compañera mía de entonces es tan feliz como yo; todas me criticaban que yo tuviera un novio tan humilde como tú, y yo confiaba tanto en tus palabras que veía claro como la luz del día que eras mu bueno, y ellas, ya ves, las unas cayeron pa siempre alucinás por los estudiantillos mentideros, y las otras han sío desgraciás en su matrimonio, y yo, ca vez más feliz a tu lao.

MIGUELILLO

Eso es lo que yo quiero, verte feliz.

SOLEDAD

No lo soy porque tú no vives, por culpa de nosotros, siempre luchando pa tos, y de ti no te cuidas; vives soñando con tus hijos, y cuando despiertes ya verás el pago. Por lo pronto, el mayor es un mocito y cuasi se avergüenza de que sus padres sean tan poca cosa; está tonto: ya me dice que los chicos de su academia van mejor vestíos que él; el otro ve a su hermano, y aunque es pequeño, también quié presumir, y estoy viendo que te va a pasar a ti lo que al carbonero de la esquina, que le da la carrera de abogado a su chico, y cuando va el zagalón con sus compañeros, y le ve por la calle y le habla, les

dice después a sus amigos: "Es el carbonero de casa."

MIGUELILLO

¡Cómo se conoce que lees folletines! Siempre ves las cosas en drama; y cállate que ya está ahí el mayor. *(Entra* MANOLO, *hijo mayor de* SOLEDAD *y* MIGUELILLO, *muchacho de unos diez y seis años, que viene de la Escuela de Artes y Oficios, con un gran rollo de papel.)*

MANOLO

Buenas noches.

MIGUELILLO

Hola, hijo.

SOLEDAD

Vamos, chico, dále un beso a padre.

MANOLO

Ya voy, hombre, ya voy. *(Da de mala gana un beso a* MIGUELILLO.)

SOLEDAD

A ver si te voy a dar yo así, ¡desvergonzao!

MANOLO

¡Y un jamón!

SOLEDAD

¡Ahí lo tiés, Miguelillo!

MIGUELILLO

Ya está bien la cosa. Hoy, como sábado, traerás el dibujo de la Academia.

MANOLO

(Mostrando a su padre el dibujo.)

Ahí le tie usté.

MIGUELILLO

(A SOLEDAD, *admirándose del trabajo del hijo.)*

Ahí lo tiés. ¿Qué me dices de esto?

SOLEDAD

(Después de contemplar el dibujo.)

Eso son pamplinas.

MANOLO

(A SOLEDAD.*)*

Eso es una máquina trilladora; pero ¿qué sabe usté de eso?

MIGUELILLO

Más respeto a tu madre, tú; porque el hombre que dibuja estos garrapatos tie la obligación de saber respetar a una madre; que no se diga, hombre, que no se diga... Está pero que mu bien... ¿Y tú has dibujao esto?

MANOLO

(Con desenfado.)

No; mi tía Celedonia.

SOLEDAD

Pero, chico, que hablas con tu padre.

MIGUELILLO

Déjale, mujer; quiero que me trate como amigo más que como padre.

MANOLO

¿Quién quié usté que lo dibuje más que yo?

MIGUELILLO

Pos, no es porque seas mi hijo, pero está mu bien.

SOLEDAD

No, mal no está; éste, como listo, es listo.

MIGUELILLO

(Dándole unas monedas y tratando de que no lo vea SOLEDAD.)

Toma un realillo, que no lo sepa tu madre.

SOLEDAD

(Haciendo la misma faena que MIGUELILLO.)

Toma unas perras, y que no lo sepa tu padre.

MANOLO

M'ha dicho el profesor que tengo que llevar una caja de compases pa el dibujo, porque estoy dibujando con la de los compañeros, y, ¡no hay derecho!

MIGUELILLO

Ties razón, hijo, ¿y cuánto vale eso?

MANOLO

Yo no lo sé; pero debe valer bastante.

MIGUELILLO

Con eso no había yo contao; pero ya la tendrás.

SOLEDAD

Que dibuje con la de los otros.

MANOLO

Claro, pa que me llamen gorrón.

(En este momento entra PEPA, *hija de* SOLEDAD *y* MIGUELILLO, *malhumorada y sin saludar. Tira el mantoncillo con rabia sobre una silla.)*

SOLEDAD

Oye, niña, se dice buenas tardes o buenas noches.

PEPA

Bueno, lo que usté quiera; pa usté la perra gorda. ¿Cenamos u qué?

SOLEDAD

Ahí la tiés, doña Berenguela mandando a sus pajes.

MIGUELILLO

(A PEPA.)

Pero ¿qué te pasa, hija mía?

PEPA

Me pasa que yo a mi novio le echo el vitriolo, ¡por éstas!

SOLEDAD

¿Ha habido bronca?

PEPA

Ha habío que no ha habío na, y que de lo dicho no hay na, y que dice que no pué casarse por ahora.

SOLEDAD

¿Y pa cuándo lo deja ese miserable, des-

pués de la canallá que ha hecho contigo? ¡Si la culpa es nuestra! Si cuando viniste con la copla te hubiéramos dicho: "¡En una casa honrá no pue entrar una *pérjura!...*"

MIGUELILLO

No, eso nunca. *(Abrazando a su hija.)* Ven acá, hija, eso nunca; sea como sea, tú siempre a nuestro lao; tu madre no siente lo que dice, no es su corazón el que la dicta lo que habla.

SOLEDAD

¡Es que no sé ya ni lo que me digo!

MIGUELILLO

Calma, mucha calma, que estas cosas se arreglan con calma.

SOLEDAD

(Con gran indignación.)

¡Clavándole a ese granuja las uñas en la cara!

MIGUELILLO

(Templando las iras de SOLEDAD.)

O hablándole yo, y suplicándole, y poniéndome de rodillas si hace falta, que el genio y el arranque de los hombres no sirve pa arreglar estas composturas del amor, y, al fin, por una hija to lo hace uno a gusto.

(Dentro se oye un escándalo grande, y aparece SEÑÁ MARTINA, *mujer del pueblo, que trae cogido de una oreja a* PAQUILLO, *el chico pequeño de* SOLEDAD *y* MIGUEL.)

MARTINA

Aquí les traigo a ustés a Cúchares. *(Entra*



Aquí les traigo a ustés a Cúchares.

con PAQUILLO, *muchacho de doce años, en mangas de camisa, con los pantalones rotos y una ridícula montera de torero y un sucio capotillo de brega.)*

SOLEDAD

¿Qué ha ocurrido, señá Martina?

MIGUELILLO

(Mirando al muchacho y tratando de reprimir la risa.)

Es pa tomarlo a broma.

MARTINA

Pos que este retoño de ustés estaba toreando al mío, y l'ha dao un golletazo que por poco me le lisia.

PAQUILLO

Diga usté que no, madre, que le he entrao en corto y por derecho.

MIGUELILLO

(A MARTINA.)

Pero su chico de usté, ¿está herido?

MARTINA

¿Cómo herido? ¡Un verdugón en la espalda! Pero a mí no me importa el verdugón, lo que me importa es el mandil que le compré ayer pa ir al colegio, y que me costó tres pesetas, y que s'ha quedao hecho unos zorros.

MIGUELILLO

Pos no se apure usté, señora, se le abonarán las tres pesetas.

MARTINA

(Con gran indignación.)

Oiga, que lo que a mí me sobra es dinero; yo no vengo a pedir limosna; yo vengo a decirles que eduquen ustés mejor al diestro.

SOLEDAD

Y usté críe mejores toros, ¡caray!, que con mansos así no hay lidia posible.

MARTINA

¿Va con segundas?

SOLEDAD

Va como usté guste.

PEPA

Cállese usté, madre.

MIGUELILLO

Vaya, basta. *(A* SOLEDAD.) Tú, a callar, y usté perdone, señora; hoy le cortaremos al pollo la coleta.

MARTINA

Eso, y la echan ustés al puchero, y que se alivie usté, so pasmao. (MIGUELILLO *se rie y* SOLEDAD *se indigna.)*

SOLEDAD

El pasmao es el de usté, que está con la glosopeda.

MARTINA

¿Con la gloso... qué?...

SOLEDAD

Largo de aquí, y menos conversación.

MARTINA

Valiente hombre tie usté, que no la da ni una mala paliza. (MIGUELILLO *sigue riéndose.)*

Pa hombre el mío, que me pega como pegan los hombres. ¡Olé! ¡Eso es un hombre modernizao!

SOLEDAD

Bueno, pos póngale usté un cencerro y unos lazos azules, y llévele a la feria de ganao a ver si le dan el premio.

MARTINA

¿Va con segundas?

MIGUELILLO

Señora, no queremos dar escándalo.

MARTINA

Me voy por eso, porque no quiero dar escándalo, y aprenda usté a ser hombre, y dedique usté algún ratito a pegar a su mujer, como hacen los hombres. *(Vase* MARTINA.)

SOLEDAD

(Pegando a PAQUILLO.)

¡Ladrón, tú tiés la culpa!

MIGUELILLO

Déjale, mujer, una mala tarde la tie cualquiera.

(Entra CAYETANO, *tipo de obrero, que re-*

presenta haber cumplido las cuarenta primaveras.)

CAYETANO

¿Qué ocurre, hombre, qué ocurre?

MIGUELILLO

Pasa, Cayetano.

SOLEDAD

¿Qué quié usté que ocurra? Lo de siempre.

CAYETANO

Pero, hombre, rifar a los niños.

MANOLO

Pos como tome usté papeletas y le toque

yo, va usté a pedir árnica... ¡Mia el tío éste!...

MIGUELILLO

Más respeto a los mayores.

CAYETANO

¡Si que los educáis en las Ursulinas!

SOLEDAD

Pos así, siempre. Ya ve usté, al pequeño, ahora acaban de echarle un toro al corral.

CAYETANO

¿También torero?

MIGUELILLO

Al chico del ebanista d'ahí, que le ha dao una lagartijera que por poco dobla.

CAYETANO

Pos te advierto que el padre de ese chico es de Miura.

SOLEDAD

Eso dicen por el barrio, que hay que hablarle con burladero.

RAMONILLA

(Sale por la puerta lateral izquierda, donde está la cocina.)

Ya está la cena.

MIGUELILLO

Santa palabra.

RAMONILLA

Hola, Cayetano.

CAYETANO

Dios te guarde, cotorra.

SOLEDAD

(*A* CAYETANO.)

¿Cenará usté con nosotros? (SOLEDAD *extiende el mantel y pone sobre la mesa los platos y los cubiertos.)*

CAYETANO

Yo ya he dao el golpe. Y a lo que vengo, vengo. Oye, Miguelillo, como sé que te gusta el chapuceo, ¿tú quiés blanquear una cocina

en la casa del tres de la Ronda, en ca del Chili?

MIGUELILLO

Con mil amores, y Dios te lo pague; pero tendrá que ser de noche, porque por el día voy a la obra.

CAYETANO

Eso cuando a ti te convenga.

MIGUELILLO

¿Pa cuándo?

CAYETANO

Pos pa hoy mejor que pa mañana.

MIGUELILLO

Pa luego es tarde. *(Se dirige a la cómoda y coge la herramienta.)*

CAYETANO

Pero cena antes, hombre.

RAMONILLA

(Con la cazuela del guisao.)

¡El guisao, y que éste si que no es plocedente de una quema!

SOLEDAD

¡Chicos, a comer!

(Los chicos se sientan en rededor de la

mesa, y SOLEDAD *dice a* MIGUELILLO, *al verle con la herramienta y dispuesto a salir a la calle.)*

Pero ¿es que te vas?

MIGUELILLO

Pero vuelvo pronto; una chapucilla d'un blanqueo en la Ronda. ¡Dios nos protege! Voy a ver si saco pa la caja de compases que m'ha pedido el chaval. Vamos, Cayetano.

CAYETANO

Chico, qu'aroma tie este gazupe *(Por el guisao.)*. Parece que le han echao tomillo y cantueso.

SOLEDAD

Esto no es vivir.

MIGUELILLO

Que te crees tú eso.

RAMONILLA

(*A* MIGUELILLO.)

Pero pluébalo siquiela.

MIGUELILLO

Guardarme una miaja pa cuando vuelva.

CAYETANO

¿Y cuánto vas a llevarle al Chili por la chapuza?

MIGUELILLO

¿Cuánto vale una caja de compases pa dibujo?



¿Cuánto vale una caja de compases?

CAYETANO

Por cinco duros ya pue ser buena.

MIGUELILLO

Pos eso, cinco duros, y el material. ¡Arzando! Hasta luego, tropa.

SOLEDAD

Pero oye...

MIGUELILLO *(desde la puerta.)*

No tardo na, paloma. Dios nos protege, chiquilla; Dios nos protege. To pa los chavales. *(Vanse* MIGUELILLO *y* CAYETANO.)

SOLEDAD

(Al ver que los chicos, sin preocuparse de MIGUELILLO, *siguen comiendo y bebiendo.)*

Decirle adiós a padre, condenaos. Ha sembrao uno claveles y l'han nacido cardos bo-

rriqueros. No le pagaréis a vuestro padre en jamás lo que os quiere y trabaja por vosotros.

RAMONILLA

¡Poble Miguelillo!...

(SOLEDAD *se limpia unas lagrimillas y sigue repartiendo a sus hijos la cena, que comen alegremente, y el telón va cayendo.)*

III

Nuestros personajes han llegado a viejos; las amarguras y el ajetreo de tan largo caminar por la vida los dejó quebrantados, sin fuerzas ni espíritu para proseguir el corto trayecto que aun les queda para llegar. Como reliquia santa, y tradición de tiempos juveniles, conservan su amor puro, como una rosa de eterna lozanía, y es que tan arraigada está en sus corazones que ni el tiempo ni las penas lograron marchitarla.

De aquellas brasas de amor aun les queda un rescoldo donde templar el frío de la vejez, y apretujándose, como los corderillos en su redil, aguantan las tempestades y las in-

clemencias del tiempo, que hace mártires de la vida a los que con paso seguro y firme caminaron por ella.

Los viejecillos viven ahora en un cuartucho del barrio de la Paloma. Con ellos, y como leal y noble lebrel, Ramonilla, que agota sus recursos, en beneficio de sus hermanos, tal son para ella Miguelillo y Soledad. Con ellos compartió las alegrías y las miserias del hogar; fiel a un cariño de hermana, más que de amiga, hizo suyas las penas de aquel matrimonio que vió poco a poco irse desmoronando el nido que tejieron con el trabajo y la honradez. Los hijos se casaron. Ya lo dijo el poeta:

"El pájaro deja el nido
cuando con alas se se..."

El novio de la chica cumplió con ella, y les dió su nombre a la madre y al niño; buen trabajo la costó a Soledad conseguir aquello; salíale a los encuentros, y entre lágrimas y

súplicas trataba de llegar al corazón de aquel hombre que se había burlado de su hija, mientras él reía irónicamente al escucharla. A ella le ahogaba el llanto y el dolor. Por fin, un día, y cansado de llevar tras de sí, como su sombra negra, a aquella madre que parecía una Dolorosa, volviéndose la dijo:

—Señora, basta ya; me casaré con su hija, con la condición de no volverla a ver a usted más.

Le miró suplicante y agradecida, y le repuso:

—Nada me importa, señor, que me castigue de tal forma, si la hija de mi alma ha de vivir junto al hombre que quiere honradamente, y en paz y en gracia de Dios. El les dé salud, y a mí también para verlos felices; todos los sacrificios me parecen pocos por la felicidad de una hija. ¡Dios se lo pague, joven, Dios se lo pague!...

Y casaron, y el castigo de aquel hombre

se cumplió severamente. Miguelillo y Soledad no volvieron a ver a la hija de sus amores; como ladronzuelos que acechan en las esquinas para robar al que pasa, esperan ellos a sus nietecillos para darles un beso, que los pequeñuelos, que apenas los conocen, rehusan; y como si hubieran cometido un gran delito, les dicen después: "No se lo digáis a papá, que os pegaría..."

Los dos hijos también se emanciparon de los padres; el mayor anda por tierras americanas, según murmura la cotillería del barrio, haciendo plata con su carrera de ingeniero industrial. Miguelillo trabajaba los días de fiesta, y el dinero que le producían estas chapuzas lo empleaba en libros y matrículas para que su hijo fuera más que él. Todos le decían que era listo y tenía porvenir, y Miguelillo hacía sacrificios con su trabajo para que a su chaval no le faltase nada. ¡Cuántos desvelos para verlo hecho un se-

ñorón! ¡Cuánto afanar y carecer ellos para que nada les faltase a los hijos! Y cuando éstos ya eran hombres, el uno ingeniero industrial, y el otro maestro de obras, abandonan a los padres, que, doloridos y angustiados, lloran la ausencia de los que fueron la ilusión de su vida; el triste desengaño los agobia y envejece, y, en un rincón, juntos lloran por el triste epílogo de su amor.

¿Que por qué huyeron y no se acuerdan, ¡ingratos!, de aquellos padres buenos que lucharon por su bienestar?

—¡Ingratitudes de la vida!—dice el viejo a la vieja—. Déjalos, mujer; déjalos, mujer mía; los quisimos elevar a tan gran altura, que hoy apenas casi nos perciben.

—¡Qué desilusión, Miguelillo!

—No tan grande, porque aun vivimos el uno para el otro, Soledad.

Es la noche del 24 de diciembre, noche

de recuerdos, de penas y de alegrías. En los hogares se celebra la Nochebuena. A pesar de la nieve que cae, recorren las calles de la barriada las gentes de buen humor, cantando villancicos con coplas alusivas, acompañadas de panderas, tambores y almireces:

"Tengo que echar una copla
con muchísimo salero,
pa que Paco, el de la tienda,
quite el dedito en el peso."

canta una moza, y le responde la patrulla jaranera:

"Anda, dile que entre,
se calentará,
porque en este pueblo
aun hay caridad..."

Y vanse cantando y riendo, y aun se escucha en la lejanía el eco alegre de las coplas populacheras que cantan los que no saben de penas y amarguras, y esperan felices y contentos el clarear del nuevo día.

Miguelillo y Soledad, sentados junto a la mesa camilla, buscan calor en el rescoldillo que aun queda en el brasero. A través del ventanal se ven las torres y los tejados blancos; sigue cayendo la nieve, que parece también que se posó, con su blancura, en la cabecita de los viejos enamorados.

Al hogar tranquilo llegan los sones de la algarada callejera; Miguelillo y Soledad escuchan, suspiran y, disimuladamente, secan sus ojos humedecidos por el llanto.

Miguelillo, mientras su vieja cose, lee *Heraldo de Madrid,* y dando rienda suelta a su dolor exclama, después de haber leído:

—¡Es la triste realidad lo que acabo de leer!

—¿Qué es ello?—replica Soledad.

—Nada, mujer, algo de lo que a nosotros nos pasa. Son unas coplas madrileñas, que no sé si serán buenas o malas, pero a mí me han hecho llorar; se titulan *La vida loca;* óyelas, mujer mía, y aplícate el cuento:



Miguelillo, mientras su vieja cose, lee *Heraldo de Madrid*...

"Estoy al brasero,
le estoy dando coba:
éste es el amigo
que no me abandona.
Ya me falta en el mundo tóo el mundo.
Ya soy viejo, mú viejo; ya es cosa
de que, el día que menos se piensen,
la "diñe" y me "entierren", que dice la copla.
Yo he pasao mi vereda entre zarzas,
y he tenío mis ratos de broma,
y he sufrío mu duros trabajos,
y he sufrío también por las mozas,
y he tomao mu en serio la vida,
que malhaya el que en serio la toma;
yo he danzao como dance el que dance,
y he "soplao", y no cisco, y "cogorza"
m'han metío en la cama los sábados,
y los lunes he dío a la obra;
en mi casa no habrá habío lujos,
pero el hambre jamás hizo roncha,
y a mis hijos jamás por las calles
se les ha visto nunca sin botas,
y los he enrielao al trabajo
pa ganarse la vida con honra.
Hoy corre otro viento,
vuelan otras moscas;

ellos ya tién hijos,
yo no soy mi sombra.
Yo no soy aquel hombre de entonces,
el trabajo pa mí está de sobra,
me flaquean las piernas, no puedo,
ya no puedo coger la garlopa;
hoy estoy en el mundo lo mismo
que esos cofres que tién la carcoma,
con el forro de pelo sin pelo,
y averiao y perdía la forma;
hoy estoy ya viviendo en el mundo
de propina, los viejos estorban;
hoy mis hijos me tién como al gato,
hoy mis hijos me tién de limosna;
ellos triunfan, y beben y danzan,
y me riñen por na las bribonas
de las nueras, que no pueden ni verme,
y los nietos, los pobres, me toman
por el coco; les pinchan mis barbas,
y ni un beso me dan, a mí que ahora
más que nunca quisiera los besos,
esos besos que saben a gloria,
los que a mí me faltan,
los que a otros les sobran;
¡es ley de la vida:
los viejos estorban!

Cuántos besos que yo les he dado,
por la noche, al volver de la obra;
cuántas veces entré de puntillas,
porque estaban durmiendo, a su alcoba,
y con mucho cuidao les besaba
sus manitas, las mismas que ahora
no acarician a aquel que por ellos
ha pasao muchas penas mú hondas.
Cuántas noches, rendío del tajo,
me he pasao sin dormir, con zozobra,
porque alguno se hallaba con fiebre
y le ardían sus manos de rosas,
y yo, con su madre, velando su sueño,
y oyendo sus ayes, besando su boca;
me acharaba el rodar de los coches,
el ruido del cuco que daba la hora,
y el aire, y la lluvia y, en fin, el aliento
me estorbaba; ya ves tú qué cosas;
y hoy me escuchan toser, y me dicen:
—¡Camará con la tos, y qué posma!
—¡Demonio de viejo!
—¡Qué tos más ladrona!
—¡Aquí no hay quién duerma!
—¡Cállese y no tosa!...
¡Ya ves tú qué contraste de mundo!
¡Ya ves tú cómo son las personas!

Hoy el Sol es mi amigo del alma,
su calor me da vida, me entona;
mas se oculta al ponerse la tarde,
y al ponerse repican las monjas
sus campanas al toque del "Angelus";
yo, al oírlas, me quito la gorra,
y aun le pido al Señor por mis hijos,
que al fin son mis hijos, mi vida, mi gloria,
y buscando el calor del brasero,
al rescoldo me paso las horas;
ellos beben, y ríen y danzan;
ellas y ellos, alegres retozan,
los chicos diablean y brincan,
mientras yo, en un rincón de mi alcoba,
los escucho y contemplo el rescoldo,
que, cual yo, tié la vida mu corta,
y me duermo, y aun sueño con ellos,
y los beso al volver de la obra,
y sigo soñando...
¡Dios mío, qué cosas
sueño: que me quieren...,
que no me abandonan!...
Y amanece, ¡y me encuentro sin ellos!...
¡Qué vida más loca!...

Terminada la lectura y con honda emo-

ción, la vieja se aproxima al viejo, y lo acaricia y lo besa:

—¡Ay Miguelillo, qué triste vida la del que siembra bondades y recoge ingratitudes!...

En el cuarto contiguo celebran también la Nochebuena, mientras Miguelillo y Soledad se arrullan rememorando sus épocas de amor y la lucha por el bienestar de los hijos. Los vecinos del cuarto de al lado cantan, ríen y beben, y al hogar de los tristes llega esta copla de los vecinos alegres:

A ese que llaman Perico,
y a su esposa, que son dos,
cubrirlos con vuestro manto,
Virgen de la "Concención".
Y a sus hijos, que son cinco,
y a sus nietos, que son ocho,
que también los cubra el manto
pá que sigan siendo mú dichosos.

Y el loco y juvenil griterío forma un

amargo contraste con la triste Nochebuena de los viejos.

Llaman a la puerta, abre Soledad, y aparece Ramonilla, rebujada en un mantón de borrego, *conservando el tipo, a pesar de los años.*

RAMONILLA

¡Vaya noche de nieve! ¡Y aun se juelguean por el balio!...

SOLEDAD

Bueno, siéntate y habla. ¿Cómo vienes sola?

RAMONILLA

¡Ay, hija, no! Vengo con este pollo. *(Mostrando un pollo asado.)*

MIGUELILLO

Ya te lo decía yo, a mí no me engaña el izquierdo.

RAMONILLA

Calma, mucha calma. Lo plimelo, ahí tenéis esos paquetitos, el susodicho pollo asao, tulón, guilache y sopa d'almendla, que m'ha legalao el cafetelo de la esquina, en esta cafetela.

SOLEDAD

Bien, mujer; ¿pero fuiste a casa de nuestra hija?

RAMONILLA

Fuí.

SOLEDAD

¿Hablaste con ella?

RAMONILLA

¡Hablé! Mila, mujel, la dije, tus padles no piden más que me dejes los niños un latito, pa que pasen a su lao esta noche tan soná. Haste el calgo: tus helmanos, no se sabe de ellos, andan peleglineando pol el mundo; tú no eles mala, complendo que lo plimelo es tu malío, y le tiés que lespetal, y ya que no quié na con tus padles, qué lo vas hacel tú; ¡paciencia!... Pelo los niños, sí, los niños déjamelos. En aquel cualtito humilde pasalán la noche como monalcas, junto a sus abuelitos, que pían pol ellos y que llolando m'han dicho: "Pídelos de lodillas que te los dejen, que al calolcillo de sus caricias quelemos pasal la última Nochebuena quizá de nuestla vida."

MIGUELILLO

¿Y qué decía ella?

RAMONILLA

Llolaba, y me lepuso: "Tiés lazón, Lamonilla, pelo mi casa y mi malido son lo plimelo."

SOLEDAD

¡Mala hija!

RAMONILLA

En esto salió él; al velme, se puso de colol velde aceituna, y la pleguntó a ella: "¿Qué tlai esta bluja?..." Yo, pol no aglial la cuestión, pol vosotlos más que pol mí, le dije: esta bluja viene a las pueltas de su colazón de usté a pedil una limosnita de caliño pa unos poblecitos viejos que se mueren de pena sín el amol de nadie.

SOLEDAD

¡Qué buena eres, Ramonilla!

MIGUELILLO

¡Dios te lo pague!

RAMONILLA

Al fin sois mis helmanos; güeno, a lo que íbamos; pos que cuando le dije lo de los niños, le entló una calcajada histólica que me dejó palá, y después me lepuso... No; pelo no, no sus lo digo, no melece ese homble que vosotlos sufláis tanto...

MIGUELILLO

Habla, Ramonilla, habla.

SOLEDAD

Estamos hechos a sufrir; ¿qué te dijo?

RAMONILLA

Pues dijo que sus pequeñines no tenían abuelos, y que el apellido que llevaban era sólo el suyo honlao, polque tú, Miguelillo, elas un incluselo sin nomble.

MIGUELILLO

(Levantándose bruscamente.)

¡Canalla!...

(SOLEDAD y RAMONILLA *abrazan a* MIGUELILLO.)

SOLEDAD

Calma, ten calma, corazón hermoso, que no mereces tú tanto tormento.

MIGUELILLO

Inclusero soy, sí, ¡inclusero! Fué lo único que no les pude dar a mis hijos, un nombre, porque a mí no me lo dieron y eso no se puede ganar con los afanes del trabajo como todo lo que les dí. ¡Inclusero!... Sin caricias de padres rodé por el mundo, anheloso de tener yo hijos pa darles todo el amor que a mí no me dieron, y pa, en vez de echarlos al arroyo, como escoria del vicio, meterlos aquí dentro, mu adentro de mi alma, pa que ni los entumecieran los fríos, ni llegaran a ellos los males. Y fuí honrao, pa ser digno de una buena hembra que fuera la madre de los hijos con quien yo soñaba. Y Dios me preparó un camino de rosas pa que yo fuera por él pa realizar mis deseos, y me puso en mi camino a una mujer bonita y buena que, recogiendo una flor que yo la eché, me miró a la cara y una vocecita, la



Calma, ten calma, corazón hermoso...

de la Virgen, de seguro, la dijo: ¡Quiérele, que tié cara de bueno, y será hombre que hará un hogar feliz!... Y me quiso, y realicé mi ensueño; llegaron los chavales que tanto deseaba tener. De niños, me dieron alegrías; cuanti más diablillos eran, más ángeles me parecían; de mozos, me dieron pensares, tenían que ser más que yo; había que trabajar pa ellos, pa darme yo tono, mucho tono, de que eran míos, míos, aquellos hombres de bien. Y luego, lo que pasa, unas manos caprichosas cortaron de mi huerto las tres flores que yo tanto cuidé, y se las llevaron..., ¡y me quedé sin ellas!... ¡Hoy reniegan de mí, porque soy inclusero!... ¿Qué culpa tengo yo?, ¡Dios mío! Si yo no tuve padres, en cambio ellos, sí los tienen; si yo me crié al arrullo de una mano generosa (¡Dios se lo pague!) que meció mi cuna, ellos, mis hijos, se criaron al calor de mis caricias, de mis besos y de mis cuidos...

¿Qué mal les hice yo, ¡Dios mío!, qué mal les hice, pa que así me desprecien?

SOLEDAD

Y yo, ¡cuánto luché hasta verla casá a esa desagradecía, sufriendo las humillaciones de ese mal hombre, que jamás será pa con ella tan bueno como tú lo fuiste pa conmigo! Cuánta lucha, cuánto afanar pa ellos, y hoy ¡qué solitos nos dejan!...

RAMONILLA

Mujel, que aun estoy yo con vosotlos.

SOLEDAD

Sí, pobre Ramonilla, junto a nosotros vienes peregrinando por el mundo, tú que tanto envidiabas, noblemente, nuestra dicha, y ayudaste a cultivar las flores de nuestro huerto. ¡Ya ves cuántas espinas!

RAMONILLA

Tenéis lazón; hoy m'aleglo de no habel nacido aglaciada y que nadie se fijase en mí, que pa este pago, ya suflo yo bastante con lo que vosotlos suflís. ¡Y lo que son las cosas! Los vecinos de al lao, que la madle es de plonóstico y el padle es un tlueno, ya lo veis qué hijos tienen, en sus viejos se milan, y pa sus viejos tlabajan.

MIGUELILLO

Amor solamente hubiera yo deseao de los míos, que me hubieran dicho: ¡Hola, padre; adiós, padre! Que los oyera yo pronunciar muchas veces la palabra padre, que jamás la pronunciaron mis labios.

SOLEDAD

Y que trabajaran pa nosotros, ya que hoy no podemos.

MIGUELILLO

No, eso no; aunque viejo y echao de la obra, dicen que porque no sirvo pa na, ¡bonito premio pa el que trabajó toda su vida!, aun serviría, sí, aun serviría si lo necesitaran mis hijos, pa algo, con tal que ellos no pasaran hambres.

RAMONILLA

¡Tenían ellos que oílte hablal así!

SOLEDAD

¡Y volverían a renegar de nosotros! ¡Ay, pobre amiga, qué buena eres! Por seguirnos perdiste tu bienestar, tus dineros se van agotando, quédate tú sola en este pequeño descanso del camino pa que no caigas con nosotros por el despeñadero.

RAMONILLA

Con vosotlos, pa bien o pa mal, siemple con vosotlos; que si yo de pequeñita me quedé sin padles, vosotlos me disteis el caliño que me faltaba.

SOLEDAD

Eso sí.

RAMONILLA

Y vuestlos hijos podlán habel sido inglatos, pero la Lamonilla, no. *(Abrazando a* SOLEDAD *y a* MIGUELILLO, *que permanece triste junto a la mesa camilla.)*

SOLEDAD

(Muy cariñosamente, a MIGUELILLO.)

Vamos, levanta, no sufras más. Está casi

a punto de amanecer, sigue nevando y el frío penetra a través de esos cristales y de las rendijas de las puertas, como asesino que viene a matar; pero aquí estoy yo pa defenderte; mírame, pon tus ojos en los míos, y repíteme aquellas primeras palabras que yo escuché de tus labios una mañanita abrileña... ¡Qué bien amanece el día, me dijiste, qué bien amanece el día!...

MIGUELILLO

¡Qué triste amanece pa nosotros el de hoy!... ¡Qué triste!... ¡Qué frío!...

SOLEDAD

Cobíjate aquí, junto a mi pecho, que, aunque vieja, aun conservo calorcillo pa ti. (SOLEDAD *abraza a* MIGUELILLO *y besa su frente;* RAMONILLA, *que presencia enternecida la escena, se dirige hacia ellos y les dice:)*

RAMONILLA

¿Y pa mí no tenéis un poquito de calol?

MIGUELILLO

Cobíjate a nuestro lado, hermana nuestra. (RAMONILLA *se echa a los pies de* SOLEDAD *y* MIGUELILLO, *que la acaricia.)* ¡Tú, que tampoco supiste lo que era amor de padre, soñaste con un hogar; y ya ves, Ramonilla, qué tristes son los hogares sin hijos, teniéndolos!...

RAMONILLA

Yo siemple sus envidié mucho, pelo hoy me dais pena y quielo que sea de mí lo que sea de vosotlos.

(Se oye a lo lejos ruido de tambores y panderas, y a poco esta copla:)

"La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va;
y nosotros nos iremos,
y no volveremos más..."

MIGUELILLO

¡Y no volveremos más!

SOLEDAD

Aun se divierte por las calles la gente moza.

MIGUELILLO

Dichosos ellos, que así alegran la vida.

SOLEDAD

Arráncate esa pena que te ahoga, y descansa junto a tu vieja, que aun vive pa ti, viejo mío. *(Vuelve a besarle.)*

MIGUELILLO

No puedo, mujer buena, ¡son mis hijos!
Ya lo dicen las coplas que te leí antes.

Y me duermo, y aun sueño con ellos,
y los beso al volver de la obra,
y sigo soñando...
¡Dios mío, qué cosas!
Sueño que me quieren,
que no m'abandonan...
Y amanece, ¡y me encuentro sin ellos!...
¡Qué vida más loca!...

(Va cayendo el telón lentamente.)

Antonio Casero

Madrid, mayo 1924.

EN NUESTRO NÚMERO
PRÓXIMO PUBLICAREMOS

Felicidad

POR

ALBERTO INSUA

ILUSTRACIONES DE
VAZQUEZ CALLEJA

SE HA PUESTO A LA VENTA

UN HOMBRE VISTO POR DENTRO

Magnífica novela pasional del gran escritor

RAFAEL LOPEZ DE HARO

La obra más interesante, la que más bellezas contiene entre todas las publicadas en estos últimos tiempos es, indudablemente,

UN HOMBRE VISTO POR DENTRO

lleva un prólogo amenísimo de ARTEMIO PRECIOSO y una artística portada de RIBAS.

Más de 300 páginas, 5 pesetas ejemplar.

PEDIDOS:

EDITORIAL ATLANTIDA

Y LA NOVELA DE HOY

Mendizábal, 42. Apartado 473.

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I	*La Virgen Desnuda.*
II	*Desamor.*
III	*De Pecado en Pecado.*
IV	*El Pozo de las Pasiones.*
V	*La Bien Pagada.*
VI	*Emocionario.*
VII	*La Sin Ventura.*
VIII	*El Divino Pecado.*
IX	*Con el pie en el Corazón.*
X	*San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI	*Hombre de Amor.*
XII	*Un Hombre Extraño*
XIII	*En Carne Viva.*
XIV	*Una cualquiera.*
XV	*Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV.	*Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI	*El Jefe Político.*
XXVII	*... A Besos y a Muerte*
XXVIII	*Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).
«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, **4 pesetas.**

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, **4 pesetas.**
El hijo legal, por Artemio Precioso, **4 pesetas.**
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, 5 pesetas.
Hampa y miseria, novela, por José Más, **5 pesetas.**
La España chica, por José Chartero, **4 pesetas.**

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
La niñez de Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Productos de La Toja

Jabon de sales



El mejor de tocador.
Cura y evita afecciones de la piel.

SALES-LODOS

Para la preparación de baños.

DEMÉTRIO.

SUCE.ª DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.